

se ha dicho fue llevada á cabo por hombres de órden y de gobierno, pero no por revolucionarios.

Las mismas influencias que acometieron la empresa fueron las que la contuvieron en sus justos límites y se encargaron de consolidarla. La causa del pueblo inglés triunfando por mano de la aristocracia es lo que da carácter de grandiosidad á la revolucion de 1688 y lo que le aseguró desde sus primeros pasos garantías para el porvenir.

Aun no era suficiente tanta intimidad entre las diversas clases sociales, ni tanto poder: toda revolucion lleva consigo vicios tan capitales, que aun siendo la mas necesaria, la mas legitima y la mas fuerte produce grandes trastornos en la sociedad que salva y la deja por mucho tiempo amenazada y reducida á una situacion precaria. Apenas habian pasado tres años cuando ya el salvador de Inglaterra, el rey Guillermo se habia hecho profundamente impopular. Sus modales sencillos al par que altivos, su fria reserva, la poca aficion, que por su parte no se tomaba la molestia de ocultar, á las costumbres de la aristocracia inglesa, la intimidad y favores que prodigaba á varios de sus antiguos amigos de Holanda, todo en una palabra contribuia á que en medio de su nuevo pueblo apareciese como extranjero y poco favorecido de las simpatías del público.

Guillermo era en materias de libertad civil y religiosa mucho mas ilustrado que los ingleses, y estaba mucho menos dispuesto á dejarse convertir en instrumento de los rigores de la intolerancia episcopal, y de las animosidades del espíritu de partido aristocrático. Guardaba pocas consideraciones á las exigencias del régimen constitucional, comprendia mal el juego de los partidos parlamentarios, todavia confusos y recién organizados: mostrábase indignado de su egoismo, envidioso de su influencia y defendia contra ellos su régio poder generalmente con mas vigor que discernimiento. En su gobierno y en sus planes se traslucia que la política general de Europa era el asunto á que concedia particularmente su preferencia. Para luchar contra la dominacion europea de Luis XIV con todas las fuerzas de Inglaterra habia aspirado al trono de esa nacion, cuyas tendencias religiosas se avenian perfectamente con sus planes.

Sin embargo, es indudable que Guillermo con sus combinaciones y guerras del continente comprometia el país mas de lo que convenia á las inclinaciones é intereses de sus habitantes. Cansábase cada dia mas la Inglaterra de verse cada vez mas comprometida en esfuerzos y en peligros lejanos por aquel mismo monarca que habia sido llamado para librarla de

los peligros interiores, y Guillermo á su vez se indignaba de hallar en aquel mismo pueblo y en aquellos mismos partidos que le debian su libertad tan poco afecto y ardor respecto de la gran causa, con la cual segun su opinion estaban vinculadas su felicidad política y sus derechos. De aquí provenian entre el rey y el parlamento desacuerdos, amarguras y conflictos que turbaban y causaban agitaciones en el nuevo gobierno. Guillermo conocia sus propias fuerzas y las empleaba con demasiada ostentacion: llegó hasta el extremo de decir que si sus intenciones no eran mejor comprendidas y apoyadas podria muy bien suceder que abdicára la corona de Inglaterra y se volviera á Holanda.

Al amenazar algun peligro, el parlamento, los partidos, la iglesia y el pueblo conocian lo muy necesario que les era el rey Guillermo, y entonces se apresuraban á colmarlo de solícitas atenciones; mas no tardaban en renacer las mútuas antipatías: los partidos volvian á sus rivalidades; el pueblo á sus preocupaciones é ignorancia y el rey á sus planes de política europea, á sus exigencias de guerra, y á sus alardes de poder.

Los partidarios de Jacobo volvieron á concebir esperanzas y no por haber sido derrotados en Irlanda y Escocia, ni descubiertos y condenados en Inglaterra desistian en sus tentativas de guerra civil y de sedicion. Hasta entre los mismos consejeros de Guillermo tenia el destronado monarca corresponsales que le aseguraban algunas probabilidades para el porvenir. Durante todo el curso de este reinado, las instituciones de 1688 se vieron continuamente atacadas é inseguras á pesar del fácil desenlace de la revolucion, del carácter enérgico del rey y de la sincera adhesion del país.

El mismo mal siguió reproduciéndose mientras la reina Ana ocupó el trono. Los whigs y los torys se disputaron con encarnizamiento el poder. En la lucha europea que produjo la guerra de sucesion de España, esos dos partidos abrazaron por de pronto el sistema de intervencion y de guerra continental del rey Guillermo. Arrastrados por la costumbre y por algunas victorias los whigs quisieron hacer la guerra de un modo desconocido é innecesario. Los torys por el contrario se decidieron por la paz; esta era tambien la opinion general de Inglaterra, y hasta la reina Ana se manifestaba dispuesta á favorecerla.

Lograron por fin mediante el tratado de Utrech poner término á la situacion violenta y precaria en que se hallaba la Europa; mas no por eso pudieron los torys hacer que se olvidaran las afinidades que naturalmente tenian con los partidarios de Jacobo. Dispertaron á pesar de su fidelidad

protestante susceptibilidades de familia en el corazón de la reina; mezcláronse intrigas domésticas con las complicaciones exteriores: los Estuardos en su destierro sintieron renacer alguna esperanza y otra vez fueron puestas en tela de juicio las instituciones de 1688 hasta que la muerte de aquella reina y el advenimiento pacífico de la casa de Hannover al trono de Inglaterra pudieron darles sólida consistencia.

Bajo los reinados de los Jorges I y II la opinión pública siguió otro rumbo: dejó de ser el principal asunto la política extranjera, y el gobierno y la nación no se preocuparon más que de la administración interior, del afianzamiento de la paz, de cuestiones de hacienda, de colonias y del comercio. No estaban sin embargo enteramente estinguidas la cuestión dinástica, y las esperanzas revolucionarias. La nación inglesa se sentía poco inclinada hacia unos príncipes alemanes que no hablaban su idioma, que se disgustaban de las costumbres inglesas, se aprovechaban del más leve pretexto para irse a vivir a su antiguo y pequeño estado y comprometían sin cesar la Inglaterra en asuntos continentales que nada le importaban. Las disputas domésticas de la familia real, y por otra parte las costumbres groseramente licenciosas de los palaciegos, incomodaban también al pueblo inglés.

Con la honradez y buen sentido de este chocaban la dominación móvil, las rivalidades egoístas, las pasiones facticias y las exageraciones e intrigas de aquella época. Seguían reproduciéndose constantemente conspiraciones y levantamientos en favor de Jacobo en Escocia, en Irlanda y hasta en el mismo recinto de Inglaterra: cierto es que a todas alcanzaba la represión, mas no por eso dejaban de encontrar siempre nuevos partidarios apasionados que manejaban a su placer los temores, el celo y las simpatías del pueblo. En medio de esos continuos ataques contra el orden establecido se iban apoderando de todos los ánimos la indiferencia, la inercia, el espíritu de crítica y el desafecto. El pueblo se iba al parecer olvidando de un poder que ya no le interesaba.

A los cincuenta y siete años después del movimiento nacional que había elevado a Guillermo III al trono pudo un nieto de Jacobo II al frente de unos montañeses de Escocia penetrar hasta el corazón de Inglaterra y dar lugar a que se creyera que de allí a pocos días entraría en la capital con la misma facilidad que en otro tiempo entró el príncipe de Orange espulsando a su abuelo.

Pero la Inglaterra y su gobierno no dependían de un acceso de mal humor popular, ni de la derrota de algunos regimientos, ni de un golpe

de mano de unos cuantos facciosos. Las mismas fuerzas sociales que en 1688 hicieron la revolución, defendieron y salvaron en 1745 el gobierno que aquella había creado. Cuando el peligro llegó a ser evidente, los enemigos de ese gobierno se estrellaron en la sólida organización de los partidos aristocráticos, en el buen sentido de una democracia disciplinada y en la fe de un pueblo cristiano. Los jefes whigs y muchos de los torys consideraban su honor y su fortuna política como enlazados con aquella causa. Los partidos en general sirvieron con lealtad a sus jefes y la clase media se olvidó de sus descontentos y de la poca simpatía personal que le inspiraba el gobierno para no preocuparse más que de los intereses elementales del país y de los suyos propios.

La iglesia y los disidentes se manifestaron animados del mismo afecto. Las esperanzas de los Jacobistas se desvanecieron rápidamente ante esos incontrastables elementos de fuerza, pudiendo decirse que el peligro más grave que ha corrido la nueva monarquía inglesa ha sido también el último. Desde aquella época solo algunas maquinaciones secretas, solo algunas tentativas tan fácilmente abortadas como concebidas han revelado alguna vez la existencia de sus enemigos. Setenta años de amargas y trabajosas penas le ha costado al gobierno de 1688 el vencer los vicios inherentes a toda revolución hasta el punto de asegurar pacíficamente la incontestabilidad de sus instituciones. Cuando Jorje III subió al trono, (1760) estaba consumada la obra, ya hemos dicho de que manera y a que precio se verificó.

Diez y seis años hacía que ese monarca ocupaba el trono cuando más de dos millones de vasallos suyos a mil cuatrocientas leguas de la capital rompieron el lazo que los unía al trono, proclamaron su independencia y acometieron la empresa de establecer la república de los Estados-Unidos de América. Siete años de combates fueron necesarios para que la Inglaterra se creyera en el caso de tener que reconocer la independencia, y tratar de igual a igual con aquel Estado. Sesenta y siete años han pasado desde aquella época, y sin esfuerzos violentos, sin extraordinarios sucesos, y por el solo impulso de sus instituciones, y de una prosperidad pacífica han tomado los Estados-Unidos su puesto entre las grandes naciones. No hay memoria de haber ningún pueblo comprado tan rápida y poco costosamente su grandeza, ni de haber esta sido tampoco turbada en su progreso.

Y ese triunfo no lo deben seguramente aquellos estados solo a la circunstancia de no haber sido turbados por ningún rival poderoso, ni a los

inmensos espacios que les sirven de límite : otras causas menos fortuitas y de mas moralidad han contribuido tambien á la rapidez y á la serenidad de su esplendor.

Trataron de adquirirlo bajo la bandera de la justicia y del derecho. La revolucion que da principio á su historia fue tambien para ellos un acto de defensa. No reclamaron mas que las garantías y los principios consignados en sus códigos y que el parlamento de su madre patria que entonces se negaba á cumplírselos habia en otro tiempo reclamado y hecho triunfar con muchas mas violencias y desórdenes que los que causaba la resistencia de aquellos estados.

No puede decirse lógicamente hablando que fuese una revolucion lo que se propusieron hacer. Su empresa era indudablemente grande y peligrosa : para conquistar su independencia se atraian la guerra por parte de un enemigo poderoso , y además tenian que establecer un gobierno central que reemplazara al poder distante de cuya servidumbre se querian emancipar. Pero no necesitaban hacer ninguna alteracion en sus instituciones locales : cada una de aquellas colonias era libremente gobernada por lo tocante á sus relaciones interiores, y al convertirse en Estado apenas tenia que hacer variacion alguna en sus máximas de gobierno ni en la organizacion de sus poderes públicos. Allí no habia antiguas tradiciones que combatir, ni rancios privilegios que detestar, ó destruir, por el contrario la adhesion á las leyes y costumbres antiguas, y el respetuoso afecto á lo pasado dominaban en todos los ánimos : el sistema colonial dependiente del amparo de una monarquía lejana se convertia sin ningun esfuerzo en sistema republicano bajo la proteccion de un gobierno federal.

No hay indudablemente sistema alguno de gobierno para el cual sea mas necesario el asentimiento general y espontáneo del país que el republicano. Puede concebirse, y se ve confirmado por la historia, el establecimiento de estados monárquicos por medio de la fuerza ; pero no hay ejemplo de que nunca haya podido hacerse lo mismo con el régimen republicano, pues no se concibe como podria establecerse ó subsistir un gobierno popular que no contara con los instintos y las simpatías del pueblo. Las colonias de América no tuvieron que superar tales dificultades para convertirse en república de los Estados-Unidos : al adoptar esa forma de gobierno no hicieron mas que satisfacer el voto general y desarrollar mas bien que abolir su sistema anterior.

Tampoco se causó perturbacion ninguna en el orden social ; no hubo lucha entre las clases diversas, ni dislocacion violenta de influencias. Aun-

que la corona de Inglaterra tenia en aquellas colonias algunos partidarios no por eso dejó de dominar un mismo espíritu, un mismo deseo en todos los grados de la escala social y hasta puede decirse que las familias opulentas y distinguidas eran las que mas anhelaban por conquistar la independencia y establecer el nuevo sistema de gobierno. El pueblo marchaba adelante y el acontecimiento iba á verificarse bajo su direccion.

El espíritu de revolucion no ejercia mas influencia en los ánimos que en la sociedad. Las ideas filosóficas del siglo XVIII su escepticismo moral y su incredulidad religiosa habrian ciertamente llegado á penetrar y circular en los Estados-Unidos de América, mas no por eso se entienda que dominaban de un modo absoluto, ni habian conseguido implantar sus principios fundamentales ni sus últimas consecuencias : la gravedad moral y el buen sentido práctico de los antiguos puritanos seguian existiendo en el espíritu de aquéllos americanos, aun entre los mismos que mas admiracion habian mostrado hácia los filósofos franceses.

La masa de la poblacion seguia conservando profundamente sus creencias, tan adicta á sus dogmas como á sus libertades, tan humildemente sometida á Dios y al Evangelio, como airadamente enconada contra el rey y el parlamento de Inglaterra y sostenida en esa lucha á beneficio de su independencia por aquella misma fé, que habia motivado la venida de sus antepasados á las regiones americanas á plantear las bases en que debia reposar el nuevo Estado.

Las ideas y las pasiones que en nombre de la democracia arrebatan y desorganizan actualmente las sociedades pululan y fermentan en los Estados-Unidos de América con todos sus errores y todos sus vicios ; pero hay que tener presente que el espíritu del cristianismo, las excelentes tradiciones políticas y los inveterados hábitos de legalidad que campean en aquel pueblo las mantienen subordinadas y las purifican eficazmente.

Al paso que en aquel vasto teatro se desarrollan audazmente los principios anárquicos, se sostienen con toda solidez y energía tanto en la sociedad como en el individuo en particular los elementos de orden y conservacion : en todas partes, hasta en el seno del mismo partido que se califica de demócrata por excelencia se echa de ver su presencia y su benéfico influjo que temperándolo y modificándolo lo consiguen no pocas veces salvarlo de la violencia de sus fogosos arrebatos. Estos son los principios tutelares bajo cuya influencia se consumó la revolucion americana, y quedó asegurado su porvenir. ¡Ojalá que en la terrible lucha que actualmente tienen que sostener por todas partes, sigan vigorosamente prevale-

ciendo en aquel poderoso pueblo, y lleguen siempre á tiempo de salvarlo de los abismos que pueden oponerse á su marcha!

Tres grandes hombres, Cromwell, Guillermo III y Washington figuran en la historia como árbitros y representantes de las supremas crisis que han labrado la felicidad de aquellas dos grandes naciones. Cromwell merece tal vez por la estension y energía de sus talentos naturales ocupar entre los tres el primer puesto: distinguíase por su espíritu prodigiosamente activo, sólido, exacto, flexible, creador y por una energía de carácter incapaz de contenerse por ningun obstáculo, ni por ningun contratiempo, y sabia encaminarse á la realizacion de sus planes con una paciencia y un ardor inagotables marchando tan pronto por las vias mas tortuosas y largas, como por las mas directas y peligrosas.

Sobresalia igualmente en captarse y dominar la voluntad de los que atraía al círculo de sus relaciones personales é íntimas, como en organizar y dirigir un ejército ó un partido. Tenia el espíritu de popularidad y el don de mando y con igual audacia se atrevió á desencadenar las facciones, que oponerse á la furia de sus desbordamientos. Mas como hijo de la revolucion y conducido de oleage en oleage al poder supremo, su talento, puede decirse que siguió siempre siendo esencialmente revolucionario: no le fueron desconocidas las necesidades del orden y del gobierno; pero no supo ni respetar, ni practicar las leyes morales y permanentes. Sea por inclinacion de su naturaleza, ó sea por vicio de su situacion, no conoció regla ni serenidad en el ejercicio del poder; recurrió sin necesidad á medidas estremadas como aquel que continuamente se ve amenazado del último peligro y de aquí provino que con la violencia misma del remedio exacerbó la enfermedad que se propuso curar. El establecer un gobierno es empresa que exige procedimientos mas normales y conformes con las leyes eternas del orden moral. Cromwell logró sujetar la revolucion, mas no le fue dado edificar sobre sus ruinas.

Menos sobresalientes tal vez en cuanto á los dones naturales Guillermo III y Washington consumaron la obra superior á las fuerzas de Cromwell, y aseguraron la suerte del gobierno que establecieron en su patria. Tal vez deberá ese brillante resultado atribuirse á que en el seno mismo de la revolucion nunca aceptaron ni pusieron en práctica la política revolucionaria, ni nunca solicitaron ni se vieron en la fatal situacion de tener que emplear las arbitrariedades del despotismo para sostenerse en alturas á que hubiesen sido elevados por las violencias de la anarquía.

Desde sus primeros pasos se encontraron naturalmente colocados, ó

supieron colocarse por sí mismos en las vias normales y en condiciones permanentes de gobierno. Guillermo era un monarca ambicioso y seria una puerilidad creer, que habia sido indiferente al deseo de subir al trono de Inglaterra hasta el momento en que fue invitado por los mismos ingleses y se vieron coronados los planes que desde mucho tiempo atras se estaban poniendo en juego para ese objeto. Guillermo seguia paso á paso el lento curso de esas maquinaciones, sin aceptar la complicidad, pero sin distraerlas de su marcha, sin alentarlas, mas sin dejar por eso de conceder proteccion á sus autores. Su ambicion personal estaba morigerada por el noble deseo del triunfo de una causa grande y justa, la libertad religiosa y el equilibrio europeo.

Ninguno ha empleado mas que Guillermo el afan de toda su vida en un asunto político de mayor trascendencia. Puede decirse que estaba sinceramente apasionado de la empresa que habia acometido, y que su grandeza personal no era mas que un medio de llevarla á cabo. En sus miras hácia la corona de Inglaterra nunca intentó servirse de la violencia ni el desorden: su espíritu era bastante sublime y bien organizado para no aborrecer las consecuencias inevitables de semejantes medios, y para someterse á su pesado yugo. Mas cuando la misma Inglaterra le franqueó el paso, no se detuvo por escrúpulos de hombre particular: quiso que su causa triunfara y se apresuró á recoger el honor de su triunfo. Glorioso conjunto de habilidad y de fé, de abnegacion y de ambiciosas aspiraciones.

Washington no conoció la ambicion: su patria necesitó de él, y supo elevarse para servirla, mas bien por deber que por gusto, y no pocas veces á costa de penosos esfuerzos. Las exigencias de la vida pública le eran sumamente molestas, preferia la independencia de la vida privada y la quietud del ánimo al ejercicio del poder. Mas á pesar de eso aceptó la obligacion que su país le imponia, y supo desempeñarla sin procurarse ningun correctivo que le dulcificara sus amarguras. Con su nativa disposicion para el gobierno, aunque poco aficionado á ejercerlo, revelaba al pueblo americano todo lo que creia verdadero, y en sus actos sostenia lo que creia justo con una firmeza tan inquebrantable como sencilla y con un sacrificio de popularidad tanto mas meritorio, cuanto que no iba acompañado de ninguno de los placeres de la dominacion.

Servidor de una república naciente, en la que prevalecia el espíritu democrático, supo adquirir su confianza y asegurar la victoria, sosteniendo sus intereses contra sus inclinaciones por medio de aquella política modesta al par que severa, reservada é independiente, que al parecer no

es propia sino del jefe de un senado aristocrático colocado al frente de un Estado antiguo. Rara conducta que tanto honra á Washington como á su patria.

Concluyamos: si se fija la atención en el destino de las naciones, ó en el de los grandes hombres, si se trata de una monarquía, ó de una república, de una sociedad aristocrática, ó de una democracia, siempre se verá brillar una misma luz en todos sus hechos: siempre se verá que el resultado definitivo es consecuencia de unos mismos principios y no se obtiene sino marchando por un mismo camino. El espíritu revolucionario es tan fatal á los hombres que ensalza, como á los que derriba. La política que conserva los Estados es la única que da feliz término á las revoluciones, y garantías de seguridad á sus resultados.

## ANOTACIONES HISTORICAS

SOBRE LA HISTORIA

DE LA

# REVOLUCION

DE

## INGLATERRA

NUMERO I.

SOBRE LOS SINTOMAS DEL ESPIRITU DE OPOSICION Y DE LIBERTAD BAJO  
EL REINADO DE ISABEL.

Habiendo un diputado de la cámara baja llamado Wentworth pronunciado, en noviembre de 1575, un discurso en defensa de los privilegios de la cámara, particularmente en lo relativo á la libertad de peroracion, fue arrestado de orden de la reina, y sufrió ante una comision del parlamento el siguiente interrogatorio, curioso documento del espíritu de independencia que empezaba á manifestarse, y de la aprobacion que á pesar suyo le daban los mismos que debian castigarle.

*El presidente de la comision.* ¿Dónde está vuestro último discurso que nos prometisteis dar por escrito?

*Diputado.* Hele aquí; os lo entrego bajo dos condiciones: primera, que lo examinareis con detencion, y que si encontrais algo de que se pueda deducir falta de adhesion al príncipe ó al Estado, deberé responder de ello como si hubiese pronunciado entero el discurso en la cámara; segunda, que lo entregareis á la reina: si S. M. ó alguno de vosotros, miembros de su consejo privado, cree ver en mí una falta de adhesion al trono y á mi país, tomo sobre mí la responsabilidad.

*El presidente.* Solo nos ocupamos de lo que dijisteis en la cámara.

*Diputado.* Sin embargo no podeis negaros á entregar mi discurso á la reina: se lo envío porque está depositado en él mi corazón y todo mi pensamiento. Se que será útil á S. M., y que solo á mí puede serme prencioso.

*El presidente.* Ya que lo deseais, lo haremos.

*Diputado.* Así os lo suplico.

(*Leen el discurso y prosigue el interrogatorio.*)

*El presidente.* Hablais aquí de ciertas relaciones que habeis oido como procedentes de S. M.; ¿á quién las oisteis?

*Diputado.* Si me lo preguntais como consejeros, no os contestaré, pues mi contestacion deberia considerarse como una injuria á la cámara á que pertenezco. Soy una persona pública, consejero de todo el país, y he hablado en un paraje donde segun ley puedo expresar libremente mis ideas. Como consejeros, pues de la reina, no teneis derecho de pedirme cuenta de